



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 10 – AÑO 2012

E-mail: hispanianova@geo.uned.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 – Depósito Legal: M-9472-1998

Se podrán disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre u cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.

ARTÍCULOS DE OPINIÓN

“La noche desnuda: radiografía de la desaparición del POUM”

Alicia RAMOS MESONERO

aramos4@slu.edu

(St. Louis University – Madrid Campus)



RESUMEN:

La noche desnuda disecciona minuciosamente el origen del POUM y su aniquilación por orden de Moscú y con la anuencia de las autoridades del Frente Popular. La trama se centra en dos personajes claves: Andreu Nin, su fundador y líder indiscutible; y George Well, el escritor británico que vino a España a luchar contra el fascismo. Al primero lo asesinan Orlov y sus esbirros, con todo tipo de infames patrañas. El segundo, desengaño del enfrentamiento entre los partidos de izquierdas, huye clandestinamente, antes de que lo maten los comunistas.

Aunque bajo la modalidad de novela-ficción, *La noche desnuda* es un testimonio histórico de primer orden de cómo la contrarrevolución comunista, impulsada por Negrín, imposibilitó la revolución proletaria, por no adecuarse a los intereses internacionales de Stanlin.

“*La noche desnuda*¹: radiografía de la desaparición del POUM”

Alicia Ramos Mesonero
aramos4@slu.edu

St. Louis University-Madrid Campus

Introducción

En la novela, *La noche desnuda*, Juan Carlos Arce, su autor, desvela los pormenores de la aniquilación del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista)², en la Barcelona de 1937, a través de las vidas paralelas de su fundador, Andreu Nin Pérez, y del escritor británico, George Orwell. Nin, el ideólogo del POUM, era hijo de un zapatero y de madre campesina. A pesar de sus humildes orígenes, estudió la carrera de Magisterio y la ejerció en una escuela laica y libertaria. Aunque pronto descubrió que su verdadera vocación era la política. Marcaron su juventud la revolución rusa de 1917 y la lucha de la patronal barcelonesa con los sindicatos. Ingresado en el PSOE, se pasó muy pronto a la CNT, por su afán sindicalista revolucionario. Trabajó activamente a favor de la revolución rusa, hasta el punto de trasladarse a Moscú donde vivió cerca de diez años en la capital soviética. Fue secretario de la Internacional Sindical Roja, miembro del Soviet Moscovita del Comité Ejecutivo de la Internacional y del Partido Comunista. A partir de 1926 perteneció a la fracción de izquierda dirigida por Trosky, opuesta al ascenso y entronización de Stalin dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética. Éste fue el motivo de su expulsión de la URSS, a pesar de estar casado con una rusa y tener dos hijas de la misma nacionalidad. Dominaba el ruso, entre otros idiomas, lo que le permitió traducir al catalán a los inminentes novelistas soviéticos del siglo XIX. De nuevo en Barcelona con su familia culmina su enfrentamiento con Stalin al crear el POUM, independiente de las órdenes de Moscú, aunque siguió siendo radical y revolucionario. No tuvo ningún reparo en resaltar los crímenes del tirano y la obediencia servil del PCE a las órdenes del dictador soviético.

¹ Juan Carlos Arce, *La noche desnuda*, Barcelona, Ediciones B, 2008. De ahora en adelante las citas de este libro se indicarán en el texto entre paréntesis.

² El POUM nació el 29 de septiembre de 1935 en la calle Monserrat de Casanovas, 110 (antes 24), en el distrito de Horta-Guinardó de Barcelona. El alcalde de la Ciudad Condal Jordi Hereu descubrió, el 29 de septiembre de 2010, una placa homenaje de la Comisión de la Memoria Histórica de Barcelona con motivo del 75º aniversario de la fundación del desafortunado partido.

Al estallar la guerra civil en España, Nin se convirtió en el máximo dirigente de su partido. Fue consejero de justicia de la Generalitat, aunque apartado pronto de su cargo por las presiones comunistas. Su posición iba haciéndose cada vez más insostenible, sobre todo, después de haber tomado parte en los sangrientos sucesos de Barcelona de mayo de 1937. Desde este momento se urdió un plan para su eliminación y exterminio del POUM, apuntillado tras la ilegalización decretada por Negrín, plegado a la voluntad de Stalin y con el beneplácito del PCE. El 16 de junio de 1937 fue detenido por la policía en Barcelona y su custodia otorgada al NKVD, que actuaba clandestinamente en la zona dominada por el Frente Popular. Para aniquilarlo se recurrió a todo lo imaginable: mentiras, secuestro, torturas, asesinato y posterior ocultación de su cadáver. Las mentiras fueron muchas y abyectas. En *La noche desnuda* se mencionan las más significativas: como el que Orlov, jefe en España de la NKVD, atribuyera a Nin los trágicos sucesos de mayo de 1937 y los ligara a una supuesta red de espionaje franquista encabezada por él. Y, sobretodo, por su afiliación con Trosky, hecho que atentaba contra la seguridad de la URSS.

Pero para acabar con el POUM no bastaba con el asesinato de su líder sino que había que terminar con los integrantes de la ejecutiva del Partido. Para ello se preparó un proceso judicial que terminó con todos sus miembros. La crónica del juicio es la vergonzante presión ejercida sobre jueces y abogados, con los que se cometió topo tipo de tropelías. No contentos con semejante descalabro, arremetieron también contra sus militantes. Los perseguían día y noche por calles, casas y hasta en los hospitales. Los encarcelaban sin causa y a muchos los eliminaron. Entre los militantes de base figuraba George Orwell, venido voluntariamente a defender la República en armas. Orwell era un escritor inglés de izquierdas que había venido a España con la ilusión de parar el fascismo. Herido por una bala en el frente de Aragón, que le atravesó la garganta, tuvo que defenderse de la policía, dominada por el PCE, en las calles de Barcelona. Huyó, se ocultó, y se disfrazó hasta que consiguió cruzar la frontera francesa. Se fue sin comprender cómo los partidos de izquierda dedicaban sus energías a despellejarse entre sí, en lugar de dedicar todos sus esfuerzos a ganar la guerra.

Nin y Orwell habían coincidido en Barcelona en 1937 y ambos eran cultos y revolucionarios. Y también estuvieron en el punto de mira de la ortodoxia estaliniana. Orwell escribiría, años más tarde, sus memorias de aquellos hechos en su libro *Homenaje a Cataluña*³. Tras su detención, Nin fue interrogado y torturado los días 18, 19, 20 y 21 de junio de 1937 en Alcalá de Henares. Negó constantemente todos los cargos de que se le acusaba y fue ejecutado el día siguiente. Orlov, a las órdenes de Stalin, se inventó que Nin había sido liberado por sus “amigos de la GESTAPO”. Negrín, a la sazón, jefe del gobierno de la República, hizo oficial tal versión. ¿Conocían los hechos la cúpula republicana —Negrín, Zugazagoita y sus predecesores —Largo Caballero, Galarza, Prieto? ¿Participó la policía en la falsificación de los hechos? La

³ *Homage to Catalonia*, New Cork, Edit. Harcourt and World Incorporated, 1952.

novela documental de Arce deja entrever esta posibilidad. Se trata aquí de dilucidar si el asesinato de Andreu Nin sirvió para evidenciar que la lucha no era tanto contra el enemigo fascista sino contra cualquiera que en la España del Frente Popular disintiera de las órdenes de Stalin.

Andreu Nin y el POUM

Andreu Nin nació en el El Vendrell, Tarragona, en 1892 y murió en Alcalá de Henares en 1937. Dos años antes de su muerte, había fundado el POUM y en 1936 había sido diputado por el Frente Popular. La política revolucionaria que desarrolló en su partido de reciente fundación y sus críticas a la Rusia de Stalin le valieron la abierta hostilidad del PC y del PSUC. Tras los hechos de mayo de 1937 fue detenido por la policía política soviética y murió torturado en extrañas circunstancias. ¿Por qué se produjo este trágico hecho? Andreu Nin “hablaba cuatro idiomas, escribía en cuatro idiomas, tenía un despacho en el Kremlin, era miembro del Partido Comunista Soviético, miembro del Soviet de Moscú y secretario de la Internacional” (25). Durante su estancia en Moscú, Andreu Nin conoció a Olga Atreva Paulova, bailarina del ballet de la Ópera de Moscú, con la que se casó y tuvo dos hijas, Ira y Nora. Sin embargo, lo expulsaron del país. “Han confirmado mi expulsión [afirma]. Debo salir de Rusia antes de tres días o me fusilan” (24). ¿Por qué, le preguntó Olga, su mujer; a lo que Andreu le respondió: “Dicen que soy troskista. Un enemigo del pueblo, un traidor [...]. Que dentro de tres días, si sigo en Rusia, estaré muerto [...] Y que vosotras sois rusas y que os quedáis aquí” (25). Nin no se lo podía creer. Había llegado a Moscú a los veintinueve años con la ilusión a colaborar con la revolución soviética. Cuando recibió la orden de expulsión llevaba ya nueve años en la capital. Desde allí había organizado los cimientos de la revolución obrera en España. Había asistido a la muerte de Lenin, al ascenso de Stalin y hasta a la caída de Troski, también expulsado del país, como él ahora. En realidad, lo echaban por ser testigo de la traición a la auténtica revolución proletaria. Sabía que habían engañado a los obreros y campesinos y él había visto cómo nombraban a Stalin, padre de los pueblos progresistas y jefe del proletariado mundial. Y, con esa sensación de fracaso, abandonó la capital del imperio soviético y regresó a Barcelona con su familia en septiembre de 1931. En la Ciudad Condal había sido maestro de escuela, traductor, secretario del Centro socialista, Presidente del Sindicato de Profesiones liberales y líder de la CNT. Todo esto antes de cumplir los veinte años. Toda una vida dedicada a la política. De nuevo en Barcelona, con el único objetivo de “continuar haciendo porque era preciso cambiar el mundo” (33).

En 1936, cinco años después de su regreso a España, era ya secretario político del POUM. El partido contaba con cerca de cinco mil militantes, una emisora de radio, el periódico *La Batalla*, un semanario y, por encima de todo, “el proyecto irrenunciable de unir a todos los marxistas en torno a un gobierno de clase, un

verdadero gobierno compuesto por obreros, [...] que empezaría a cambiar el mundo” (36). Había traducido al catalán las obras maestras de la literatura rusa: Chejov, Turgueniev, Dostoieuski y Tolstoi. Había enseñado el marxismo en distintas universidades, pronunciado conferencias en cuatro lenguas y contestado a todo tipo de entrevistas para la prensa europea. Llegó a comentarse que era el sujeto mejor preparado de todos los políticos europeos. Decían incluso que era el más instruido, con mayor talento y el más austero de toda Europa. George Orwell afirmaba que las veces que había hablado con él le produjo siempre la certeza “de estar delante de uno de los mejores analistas políticos, de uno de los mejores revolucionarios, de uno de los marxistas con mayor talento y más capacidad para transformar el futuro” (125). Nin había escrito centenares de artículos de prensa, numerosos libros sobre teoría marxista y enseñado literatura rusa. Como si esto no fuera tener suficientes mérito, ocupó el cargo de consejero de justicia en el gobierno de la Generalitat dos meses, “exactamente hasta que *La Batalla* publicó un artículo que molestó al cónsul soviético” (38). Tenía entonces Nin cuarenta y cuatro años y había dedicado todas sus energías a la lucha de clases, siempre en primera línea. Había sido también, con otros militantes comunistas, el fundador original del PCE quince años antes. Pero para el Kremlin su gravísimo error consistió en “haber organizado un partido independiente que no admit[ía] controles de la Internacional: el maldito POUM” (49). Fue éste el único partido del mundo que, escindido del partido comunista, tuvo más fuerza e influencia que el propio PC en España.

Negrín frente a Nin

El gobierno de Negrín no le perdonaba a Nin que fuera independiente, que se hubiera separado de la Internacional Comunista y pretendiera defender la hegemonía del proletariado, la desaparición del capitalismo y combatir el imperialismo ruso bajo el férreo control del tirano del Kremlin. Nin fue consciente de que

“aunque los comunistas son antifascistas, están decididos a sacrificar la revolución española para servir a los intereses de la política exterior de Stanlin. No puede haber una revolución que no se someta a las indicaciones de Moscú. Y España es ahora un naipe en la baraja de Stalin sobre el casino de Europa. Todo lo que los comunistas españoles quieren hacer es una copia de lo que pase en Rusia” (56).

Para detener la consolidación y expansión del POUM, el dictador supremo envió a España a Alexander Orlov, jefe de la Secreta Policía Política Soviética (la ominosa y abominable NKVD), pues “el camarada Stalin no quiere errores en España y ni uno sólo con Andreu Nin, ese traidor” (39-40), le confesó Orlov a su colega Veronika Gorev, su infiltrada en el POUM. Oficialmente el camarada Orlov había sido

enviado como consejero del Gobierno Republicano, consejero militar en asuntos de inteligencia, contrainteligencia y actividades de guerrilla. En la sombra, organizaba, mantenía y dirigía las operaciones secretas de la Policía Política Soviética. Marcel Rosenberg, embajador de Moscú en Madrid, estaba convencido de que Orlov, como jefe de la NKVD, sabía más que él, contaba con más apoyos en el Kremlin y tenía mucho más poder que él. En realidad “Orlov era el verdadero embajador, el hombre de Stanlin en la guerra de España y ante el gobierno republicano” (48). Rosenberg sabía que iba a ser muy fácil que el gobierno español mirara para otro lado y no le hicieran preguntas porque a ellos les debían todo, según Orlov. Y a continuación, el agente secreto detalla las susodichas deudas a Rusia (Ver pag. 50-51) . Así lo creía también Vicente Rodríguez, el amigo abogado de la familia Nin, “lo peor [...] es esa maldita ayuda rusa que recibe la República[...] Los rusos [...] se lo están cobrando todo. Se han hecho los dueños del Gobierno a cambio de la ayuda” (92).

Y así fue cómo el embajador Rosenberg concluyó que la NKDV, a las órdenes de Orlov, actuaba en España con absoluta libertad. Y el primer paso era mandar a su casa a Largo Caballero y a sus ministros y poner en su lugar a los comunistas españoles. Para conseguirlo usaron la calumnia como estrategia. Todo empezó en una página de Mundo Obrero. En ella se insertaban dos caricaturas,

“en una de ellas, Franco mantenía en sus brazos y alimentaba a un niño que tenía la cara de Nin. En la otra caricatura, se presentaba al POUM quitándose una careta en la que figuraban la hoz y el martillo. Detrás, la verdadera cara del partido era una esvástica” (70-71).

Lo que significaba que tildaban al POUM de fascistas porque engañaban a la clase obrera y terminaron por ilegalizar el partido. Las acusaciones eran múltiples y disparatadas: Nin era un agente de Franco, amigo de los fascistas, falangista disfrazado y responsable directo de los sucesos de mayo en Barcelona. José Díaz, secretario general de Partido Comunista, lo tachaba a Nin de enemigo del pueblo, de ser agente de la GESTAPO, trabajar para Hitler y estar al servicio del fascismo internacional. De ser un emboscado que habla de revolución pero en realidad odia al pueblo. Y en un mitin en el cine Capitol de Valencia, Díaz terminó el discurso con estas palabras: “si esto lo saben todos y lo sabe también el gobierno, ¿qué hace que no los trata como a fascistas y los extermina sin consideración?” (90). Nombrado Negrín presidente de gobierno, tardó tan sólo diez días en prohibir *La Batalla* y las primeras páginas de todos los periódicos nacionales identificaron al POUM con los fascistas. Y poco después, el 16 de junio de 1937, Nin fue arrestado. Los agentes le confesaron que la orden de detención la había firmado el jefe superior de policía de Barcelona.

Arresto, desaparición y tortura de Andreu Nin

Arrojado Andreu Nin al calabozo, sin más, el jefe superior de policía de Barcelona llamó al director general de seguridad, teniente coronel Antonio Ortega, nombrado por Negrín, para comunicarle que ya le habían traído “el paquete”. Ortega pasó la información al Comité Central del Partido Comunista. Allí, ante el retrato de Stalin, estaban reunidos Orlov, Vittorio Vidali, su hombre de confianza y Palmiro Togliatti, el verdadero jefe del PCE. Poco después del arresto de Nin, empezó la caza de los demás dirigentes significativos del POUM (Julián Gorkin, José Escuder y más de ciento cincuenta afiliados entre militantes y simpatizantes). Por su parte, Julián Zugazagoitia, ministro de Gobernación, preguntó al Comité Central que quién había ordenado su detención y le responden que ellos por ser fascistas. El ministro se quejó amargamente a Negrín de que fueran los rusos los que estaban decidiendo la política española; pero recibió la callada por respuesta. Además, en la jefatura de policía de Barcelona no constaba su detención por no haber sido registrada. A Nin lo trasladaron a Valencia, a la Dirección General de Seguridad. Tampoco aquí se consignó su entrada en el libro de registro de detenciones. Estuvo en un sótano unas tres horas y de nuevo lo trasladaron esta vez a Madrid. En la Brigada especial Andreu Nin negó rotundamente todas las falsas acusaciones que se le hacían: que fuera un espía fascista al servicio de Franco, que recibiera instrucciones del mismo Hitler y que el POUM fuera una red del enemigo franquista en el territorio republicano. Por la tarde los tres dirigentes comunistas (Orlov, Vidali y Togliatti) lo llevaron en un coche particular a Alcalá de Henares, a un chalet expropiado a favor de Hidalgo de Cisneros, responsable del Ejército del Aire de la República. Sin embargo, el preso seguía figurando que estaba en paradero desconocido, al no haber constancia oficial ni de su detención ni de sus traslados. Pero nadie dudaba de que estaba en manos de la policía soviética. El mismo ministro de la gobernación así se lo comunicó a Negrín: “porque no hay ni un solo jefe de policía que no sea miembro del Partido Comunista y no esté a las órdenes de Alexandre Orlov antes que a [...] la autoridad del mismo” (136).

A Nin le golpearon, le rompieron la gafas, le amenazaron con matarlo si no firmaba una confesión de amistad con Franco. Estaba cansado, agotado, dolorido, en brazos, piernas, rodillas, cara, estómago, espalda, etc. Le ataron a la pared donde estaban fijadas dos barras de hierro, le sujetaron los pies con cuerdas, le pusieron una manguera en la boca hasta el esófago. La manguera le introducía un chorro de agua a presión que apenas le permitía respirar, pues parte del agua le pasó a sus pulmones. Tosía y se convulsionaba, se le hinchaba el vientre. Se creía morir, apenas sentía ya los golpes. Había perdido la noción del tiempo. Se encontraba completamente a oscuras y aún así no le permitían dormir. Pero, como seguía negando que el POUM fuera una organización al servicio del Fascismo, le cubrieron la cabeza con una goma atándosela fuertemente al cuello. Apenas podía respirar. Seguía con el vientre hinchado y con un agudo dolor en el pecho. Dentro de la bolsa de goma le introdujeron serrín que inhalaba al respirar llenándosele la garganta y

los pulmones y hasta en los párpados tenía el polvo de la madera. Al borde de la asfixia, tenía contracciones musculares muy violentas llegando incluso a vomitar dentro de la bolsa tragándose su propio vómito. Tras quitarle la bolsa cayó al suelo golpeándose la cabeza contra la pared, sangrando por las sienes y perdiendo la conciencia. No tardaron mucho sus torturadores en volver a la carga. Nin ignoraba el tiempo pasado cuando le pidieron, por enésima vez, que se declarara culpable de espionaje y de traición; “que revele definitivamente que el POUM es una organización fascista a sueldo de Hitler” (161); la respuesta fue que no, que él era Andreu Nin. Se hizo el silencio; se repitieron los golpes: con los puños, los pies, a palos, en el vientre, cuello, pecho, boca, espalda y testículos. Se desmoronó, se contorneó, sangró, se deshizo en terribles dolores. Toda la habitación se llenó de sus gritos. Le colgaron

“de una viga del techo, con alambres en las muñecas sujetando su peso completamente desnudo y balanceándose a un metro del suelo. Primero rojas, después moradas y por zonas negras, las plantas de sus pies habían recibido golpes con dos tablas de madera que le hacían encoger las rodillas para recibir de esa forma otra ordenada serie de estacazos entre los dedos y el talón, en el centro mismo del arco de sus plantas [...]. Le habían desollado los dos brazos [...]. Desde las muñecas hasta los hombros, le habían arrancado la piel en vivo con cuidados milimétricos para no sacar trozos de carne. Andreu Nin fue descolgado, puesto en el suelo y entregado ya a la muerte inmediata” (166-167).

Se lo llevaron al campo, le dispararon en el cráneo y lo echaron a un agujero que cubrieron con tierra y disimularon con ramas, y “en esa soledad se quedó Nin en mitad de *La noche desnuda*” (175). Sin embargo, al gobierno republicano le contaron que había huido con la ayuda de agentes alemanes desplazados a Madrid por orden de Hitler.

Juicio contra el resto de los líderes del POUM

La tercera parte corresponde al juicio de los restantes dirigentes de POUM. Negrín instó repetidamente a los jueces a que dictaran una sentencia condenatoria. Para animarles les dijo que había recibido cientos de telegramas pidiendo la condena de los acusados. Que los magistrados no olvidaran que fueron ellos, los del POUM, los responsables de los disturbios de mayo con el fin de derrocar al gobierno. Que había quedado demostrado que el POUM era una organización fascista. Que el pueblo exigía sentencias ejemplares y el ejército la condena a muerte. “Necesito la condena a muerte de esos hombres” (199), espetó Negrín. Y les despidió enseñándoles el decreto para la militarización de los tribunales especiales. Apeló a las razones de Estado y, en el colmo de su cinismo, les prometió el indulto si ellos se atrevían a condenarlo. Era

un chantaje puro y duro. Hasta se permitió amenazarles si no los condenaban, pues demostrarían que estaban de su parte. La prensa comunista también presionó y los descalificó y José Díaz animó a la gente a que también ahora funcionaran los pelotones de ejecución. El 2 de noviembre de 1937 el Tribunal Especial de espionaje de alta traición hizo pública su sentencia. Resolvió que “los miembros del comité ejecutivo del POUM habían cometido, de acuerdo con las leyes penales, un delito de naturaleza formal que se caracterizaba por la simple rebelión contra el gobierno constituido” (243).

Incorporación de George Orwell a la causa revolucionaria

George Orwell había nacido en la India en el seno de una familia inglesa de clase media. Estudió en Eton y fue policía en Burma. Rompió pronto con la clase social a la que pertenecía, por su rebeldía con el orden establecido y contra la inteligencia en abstracto, propia de la intelectualidad británica de la época, que se negaba a entender la naturaleza de la vida. Se marchó a Barcelona y se alistó en el POUM por recomendación del ILP inglés (Partido laborista independiente) muy afín al POUM español. Llegó como voluntario a finales de 1936. Tenía 33 años, esposa y un empleo como periodista. Le movía, en su aventura, un doble propósito: combatir el fascismo y borrar su vergonzoso pasado por haber tomado parte en la represión de los nativos, cuando era policía. Según él, no vino a remitir artículos a la prensa sino “a luchar; ir al frente a combatir” (20). Estaba convencido de que en España se iba a alumbrar un nuevo mundo “por el que realmente merecía la pena luchar, al que merecía la pena defender, por el que merecía la pena disparar” (44). En Inglaterra le habían dicho que el POUM era un partido troskista y, cuando se enteró que no lo era, buscó ser transferido a una unidad comunista.

La muerte de una ilusión

¿Qué le atraía a Orwell del comunismo español? Su propuesta de ganar la guerra primero y después hacer la revolución. Pero muy pronto cambió de opinión por dos convencimientos muy profundos: primero que la gente no iba a arriesgar la vida por la instauración de una democracia burguesa y segundo porque el comunismo no luchaba por instaurar la revolución sino para prevenirla. Según Orwell, “The thing for which the Communist were working was not to postpone the Spanish Revolution till a more suitable time, but to make sure it never happened” (1952: 20). Estuvo en las milicias del POUM en el frente de Aragón de enero a mayo de 1937. En concreto, en los alrededores de Huesca (Barbastro, Siétamo y Alcubierre). Si Orwell se enlistó de inmediato fue porque para él era lo único decente que cabía hacer. Los reclutas de su unidad eran

jóvenes de los barrios marginados de Barcelona, llenos de fervor revolucionario pero ignorantes en el arte de la guerra. A muchos los enviaban los padres sólo por cobrar las diez pesetas diarias de asignación. En los frentes no pasaba nada. La única preocupación era el frío constante en una guerra de trincheras. Estaban muy mal equipados para resistir los rigores del invierno: el uniforme se les caía a pedazos, muchos iban con alpargatas en vez de botas. Sin apenas leña, ni cerillas ni jabón ni aceite ni azúcar. Llenos de piojos, los rifles inservibles, sin apenas munición; en las trincheras se desprendía un olor nauseabundo, por los excrementos que había por doquier y con las ratas adueñándose del terreno. No podían ni cambiarse de ropa. La única agresión que reinaba era la verbal. El megáfono era el arma más letal de que disponían ambos bandos. Si no se podía matar al enemigo, al menos cabía la posibilidad de insultarle. Así llegaba la voz donde no lo hacían las balas. George Orwell no lo comprendía, pues se intentaba convencer al enemigo en vez de pegarle un tiro. Pensaba que “así la guerra podía durar mil años si todos preferían matarse con la metralla de los insultos” (59). Por la noche estaban completamente a oscuras por carecer de cerillas y velas. No disponían ni de mapas ni de planos del terreno; ni mucho menos de telescopios o periscopio para otear las posiciones enemigas. Por no haber, no había ni grasa para los fusiles. La verdadera guerra era contra el frío, las pulmonías, la suciedad, y no contra los hombres. Las bajas eran fruto del infortunio, casi siempre auto-infligidas. Las pésimas condiciones reinantes, unidas al tedio, empujaban a algunos al suicidio.

¿Cómo podía ganarse una guerra así? Todo el esfuerzo empezó a parecerle a George inútil. La caída de Málaga a manos de los rebeldes sembró en él las primeras serias dudas. Se enteraron por los milicianos que habían recogido ejemplares del *Heraldo de Aragón*, arrojados desde los aviones. Aquellas bombas de papel dañaron la moral de los combatientes. Habían sido más letales que las bombas reales. Por primera vez, George Orwell, se detuvo a reflexionar sobre la política de los partidos, convencido de que la guerra no se podía entender sin entrar en esa mecánica; pues la Guerra Civil española era, ante todo, una guerra política. Al principio Orwell no prestó atención a la sopa de letras de los partidos y sindicatos. Le parecía algo estúpido. ¿A qué obedecía tal división? ¿No luchaban por las mismas causas? ¿No tenían todos un enemigo común? Al fin se percató que si como miliciano luchaba contra Franco, también era un peón en la lucha del tablero político. Pocos meses después, Orwell se preguntaba que por qué se había alistado en el POUM y no en el PSUC. ¿Tanta diferencia había entre los dos partidos para que en ello le fuera la vida o la muerte? Según él, en España no había una Guerra Civil, sino más bien una revolución. De ninguna manera era una pugna entre fascismo y democracia. Ni de cristianos patriotas luchando contra los invasores ateos bolcheviques, ni de republicanos tratando de acallar una rebelión militar. La dura realidad era que Occidente quería evitar una revolución en España. Y, en especial, el PCE con el apoyo de la URSS. Su teoría era que una revolución en tal momento traería fatales consecuencias. Por lo tanto, había que apoyar al establecimiento de una democracia burguesa. De ahí, el ataque al POUM y a los anarquistas. Era, por tanto,

una guerra contra Franco y, a la vez, otra entre los partidos integrantes del Frente Popular. Éstas eran básicamente las diferencias ideológicas: PSUC-PCE para estos partidos lo que importaba era ganar la guerra. Y con la victoria vendría la dictadura del proletariado. Por el contrario para el POUM la democracia burguesa era otra forma de capitalismo y, por tanto, de fascismo. La guerra y la revolución eran inseparables. La única alternativa al fascismo era el control de la producción por parte de los trabajadores. Otros partidos, como la FAI-CNT, aceptaban el punto de vista del POUM. Preconizaban además la formación de comités locales y de resistencia a toda forma de autoridad centralizada. Consideraba Orwell que las tácticas comunistas para difamar al POUM eran execrables: les acusaban de dividir al gobierno, de lacayos al servicio de Franco y de Hitler, y hasta de ser una quinta columna del jefe de la rebelión militar. Era una propaganda que se difundía con toda clase de material gráfico y radiofónico; y se repetía sin cesar. Las calumnias aseguraban que eran espías, infiltrados, troskistas, traidores, asesinos, un peligro para el gobierno de la República. Había que extirparlo de la vida social como se hace con un cáncer maligno. Orwell se percató de la deshonestidad de la prensa, del odio visceral de unos contra otros; y aprendió que luchaba en las milicias del Partido más revolucionario de la clase obrera.

La convulsa sociedad barcelonesa de mayo de 1937

George Orwell regresó a Barcelona a primeros de mayo. Venía de permiso del frente de Huesca. Eran los momentos de plena efervescencia revolucionaria en la ciudad. La tensión era asfixiante, las peleas incesantes, por una frase, un gesto, una mirada. El terror rojo estaba en pleno auge. Las calles se habían convertido en un inmenso campo de batalla. Los sindicatos repartían armas a diestro y siniestro; las bandas armadas campaban a sus anchas: ocupaban calles, allanaban sedes de partidos, arrasaban los comercios y sembraban las aceras de cadáveres. Los francotiradores, apostados en terrazas y azoteas sembraban el pánico entre los viandantes. El eco de los tiros resonaba por doquier. Se mataba sin preguntar y los tribunales condenaban arbitrariamente. Se multiplicaban las barricadas y los charcos de sangre. Había una confusión generalizada. Los obreros luchaban sin comprender por qué lo hacían, pues nadie les explicaba nada. Apenas tenían alimentos e incluso escaseaba el carbón y la electricidad. Se disparaban unos a otros, los guardias a los trabajadores y viceversa. Los tiradores, con sus pañuelos negros y rojos anudados al cuello, se apostaban en las tapias que les servían de parapeto y posición de tiro. Las granadas hacían saltar los adoquines. Los incendios, las explosiones, las columnas de humo, las iglesias quemadas, las imágenes profanadas, las monjas violadas, los curas asesinados y hasta los crucifijos tiroteados era la norma. Los obreros habían requisado por capricho, fábricas, talleres, autobuses, tranvías y hasta edificios. Se preguntaba Orwell que por qué los antifascistas militaban en diferentes partidos de izquierdas. ¿Por qué se odiaban entre ellos? ¿No era

Franco el enemigo común? “El seis de mayo la CNT se rindió. La bandera catalana sustituyó a la bandera anarquista en el edificio de la Telefónica” (85). Se retiraron las banderas, los carteles que llamaban a la lucha armada, las siglas de los partidos y sindicatos. Los cinco mil guardias de asalto enviados desde Valencia por el gobierno habían restablecido el orden. “Quedaba el olor a pólvora, las señales de lucha, el esqueleto de los parapetos [...] y toda la vergüenza de un enfrentamiento a sangre y balas entre los trabajadores y la policía” (86).

Decepcionado Orwell, abandona España

Orwell oyó decir en el vestíbulo del hotel donde se hospedaba que el POUM iba a ser pronto ilegalizado. Era una guerra al revés y él era consciente de que estaba en el bando equivocado. Desalentado regresó al frente y una mañana, al amanecer una bala enemiga le atravesó la garganta. Los médicos, tras reconocerle, le declararon inútil para el combate. Y ya, desde entonces, su única obsesión fue regresar a Inglaterra y abandonar este país maldito. Así se lo comunicó a su esposa Eileen porque “ésta es una guerra entre cuadrillas, una pelea entre bandas”(106). Sabía que por pertenecer al POUM era motivo suficiente para ir a la cárcel. Tendría que esconderse para salvar el pellejo, pero ¿a dónde ir? El gobierno republicano había decretado que los milicianos extranjeros voluntarios eran soldados. Por lo tanto no podían abandonar la milicia ni regresar a sus respectivos países. Si lo intentaban serían declarados desertores. Rompió en mil pedazos el carnet de miliciano con el sello del POUM, al tiempo que pensaba que “la esperanza de un mundo sin clases, una sociedad con dignidad para todos era una quimera en España” (125). No comprendía por qué había dejado Inglaterra para venir voluntario a España y había terminado con dos tiros en el cuello. No había perdido la vida en el frente, pero podía perderla en cualquier momento y en cualquier rincón de Barcelona. Y todo, por haber firmado un día los documentos de afiliación al POUM. “¿Qué había sido de la ilusión de aquel voluntario recién casado que decidió ir con su mujer a luchar a otro país por lo que creía que era justo y urgente?” (127). Lo que le estaba pasando no le ocurriría si en vez de haberse afiliado a ese partido se hubiera enlistado en cualquier otro de izquierdas. Y estaba cada vez más convencido de que, terminada la guerra, se implantaría una dictadura en España; y no sería precisamente la del proletariado. George Orwell y su esposa lograron pasar a Francia por puro azar, aunque ilegalmente. Y ya en territorio francés recordaba que

“seis meses antes había viajado en dirección opuesta y ahora estaba de vuelta, después de haber peleado en el frente, haber participado en los trágicos y sangrientos sucesos de mayo en Barcelona, [...] Después de haber recibido un disparo que le atravesó el cuello de parte a parte, después de haber sido perseguido por pertenecer al POUM” (172).

Se prometió contarle todo con detalle, y así lo hizo, años después, en *Homage to Catalonia*⁴.

Negrín, ministro de Hacienda, se alía con los comunistas

Juan Negrín nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1892. Fue médico-fisiólogo y ocupó esta cátedra en la universidad de Madrid. Ingresó en el PSOE en abril de 1929, saliendo elegido diputado en las elecciones del 12 de abril de 1931. Largo Caballero le nombró ministro de Hacienda; y poco después, el 15 de septiembre de 1936, tomó la primera y más importante decisión de su vida: enviar un 60% de las reservas de oro del banco de España a la Unión Soviética.

“Fue evacuado el oro a Cartagena, diez mil cajas de oro y plata. Desde Cartagena, una quinta parte se embarcó inmediatamente hacia Marsella, para convertirla en Francia en dinero en efectivo. El 25 de octubre, las cuatro quintas partes restantes, unas 7800 cajas se embarcaban rumbo a Odesa y luego por tren a Moscú [...] Su peso superaba las 510 toneladas. Su valor, según el precio del metal en 1936, de 518 millones de dólares. Sin embargo había piezas de colección con valor numismático mayor que el del metal de su composición, que no se tuvo en cuenta” (Cruz González, 2008: 69).

Para Pío Moa “el carácter revolucionario del nuevo estado se coronó convirtiéndolo en protectorado o satélite soviético, proceso en el cual fue decisivo el envío del grueso de las reservas financieras españolas a Moscú” (2003: 94-95). Se temía, por parte del gobierno de Largo Caballero, que Franco entrara muy pronto en Madrid, pues el general Varela estaba a sólo cien kilómetros de la capital. O incluso que los anarquistas lo robaran por la fuerza. Fueron éstas las razones que empujaron a Azaña a firmar el decreto autorizando el traslado de las reservas de metales preciosos y billetes del banco de España a un lugar seguro. Así fue cómo el 14 de septiembre de 1936 se trasladaron a Cartagena y el 25 de octubre de allí para Odesa. Largo Caballero había pedido la intervención de la Unión Soviética en el conflicto, y ésta le ofrecía armas a cambio de oro. Pero ¿era Moscú el lugar más seguro? Estaba a 4500 kms., de distancia, con unas comunicaciones

⁴ Teresa Pàmies refiere que el libro de Orwell gusta porque expresa con auténtica emoción la heroicidad del pueblo catalán, pero también señala que Orwell llegó a Barcelona, como otros muchos extranjeros, buscando “lo que Malraux califica de *mon heure lrique*”, y que George Orwell, que era un señorito británico, no llegó a creer en la revolución de los parias (1975: 90-91).

muy difíciles, con una burocracia hermética, sin garantías ni posibilidad de control por parte de España. Ni se exigió resguardo alguno de la carga. La operación fue obra exclusiva de Negrín, que tenía una fe ciega en Stalin porque de lo contrario, ¿cómo se comprende que un régimen presuntamente democrático, como el de la República, confiara sus reservas monetarias a un estado totalitario? ¿Qué garantías ofrecía aquel sistema financiero? Con el oro en sus manos, el dictador Stalin empezó a controlar la política del Frente Popular hasta convertirla en un satélite soviético. La amenaza de cortar el suministro de armas, en cualquier momento y arbitrariamente, convertía a la República en rehén del Kremlin. ¿Por qué se pagó antes de recibir la mercancía? ¿Qué garantía le merecía el proveedor? No se trataba obviamente de una cantidad insignificante sino de más de quinientos millones de dólares. Y encima sin haber recibido ni verificado la carga. ¿No se pensó nunca en la dificultad para recibirla? Además el trasvase se hizo con nocturnidad y alevosía. No lo sabía el presidente Azaña. Se enteró una vez consumada la transacción. La propuesta de enviar el oro por barco la hicieron los rusos. El vendedor impuso las normas. Se tiene la impresión de que los soviéticos manipularon las facturas y estafaron a España millones de dólares. Como ya se ha dicho en la mercancía había piezas de colección cuyo valor numismático era mayor que el metal de su composición, pero no se tuvo en cuenta. ¿No fue un delito entregar el oro sólo con la promesa del envío de armas? ¿Tenía Negrín la suficiente autoridad para vender el oro de todos los españoles? ¿Fue culpable el médico-fisiólogo de alta traición, como le acusaban los anarquistas? ¿Se extralimitó en sus competencias? ¿Fue culpable de cohecho y/o de prevaricación? Obviamente si se prefirió enviar el oro a Moscú fue por motivos ideológicos. No se olvide que el ‘Lenin español’ abogaba por sustituir la república burguesa por una dictadura del proletariado.

Negrín, presidente del Consejo de Ministros

El presidente del gobierno, Azaña, cuenta en sus memorias que si se decidió encargar la Presidencia del Gobierno a Negrín fue por ‘su tranquila energía’. “¿Cayó Azaña en la fina tela de araña que, desde Moscú, le tendía Stalin? Había una razón fundamental para que el Kremlin confiara en él; y es que siendo ministro de Hacienda en el gabinete anterior, había enviado a Rusia el oro. No podía dejar de convertirse en el predilecto de la contrarrevolución rusa y del stalinismo español” (Munis, 2003: 390).

La primera decisión importante que Negrín tomó como presidente del Consejo de Ministros, además del envío del oro, fue acabar con el POUM. Fue una decisión proveniente de la estrategia de Stalin, que no permitía una revolución hecha por comunistas heterodoxos. Fue su gobierno el que desencadenó la represión contra los miembros del partido que terminó con el asesinato de Andreu Nin. Fue Negrín quien permitió que los servicios secretos soviéticos camparan a sus anchas por todo el territorio republicano. Su lamentable

prepotencia provocó una guerra civil dentro de la Gran Guerra Civil. En *La noche desnuda*, Orlov, representante del gobierno ruso en España, le dijo al nuevo embajador ruso León Gaikins: “para aniquilar a Largo Caballero nos hemos apoyado en Negrín y un poco también en Indalecio Prieto. Para acabar con Prieto utilizamos a Negrín y a otros socialistas” (97). Este peón del dictador del Kremlin fue odiado por todos sus congéneres socialistas (la UGT y Largo Caballero; por el centrista Prieto y por la derecha socialista de Besteiro); por la CNT-FAI, POUM y hasta por los partidos republicanos. Desgraciadamente una vez Stalin acabó con la oposición anarquista, pumista y troskista dejó de interesarle la guerra de España. Pero ¿cómo pudo pactar el socialismo reformista de Negrín y Prieto con el comunismo soviético, más allá de las relaciones comerciales, de la entrega de armas a cambio del depósito de oro? ¿Qué esperaba el sátrapa del Kremlin de Negrín y los comunistas españoles? Básicamente tres cosas: obstaculizar la revolución libertaria (la de los anarquistas); impedir que el POUM tomara el poder y vencer en la guerra, pero sin acceder al poder, para no espantar a las grandes potencias occidentales. Como no venció en la guerra, depuró a la mayoría de sus súbditos que habían intervenido en España. Stalin sabía que la revolución española era una amenaza para el status quo europeo y un impedimento para aliarse con Inglaterra y Francia. Por eso, aunque envió armas, apoyó a las fuerzas moderadas para frenar la ola revolucionaria. Así pretendió conseguir que se viera a los comunistas como antifascistas y le permitiera alinearse con las democracias occidentales y contra el eje Roma-Berlín. La persecución de los elementos revolucionarios españoles fue la garantía, en vista a futuros aliados, de su conservadurismo social y político y así es como, a partir de septiembre de 1936, empezaron a llegar los consejeros militares y políticos y los esbirros de la NKDV para reprimir a los elementos revolucionarios extremistas. El sistema de alianzas de la URSS obligaba a tomar estas medidas. En palabras de Juan Perea, “había que crear en el suelo español las circunstancias que pudieran favorecer sus designios internacionales” (2007: 61). En esta complicada y malévolamente trama, los soviéticos contaban con Negrín y éste con aquéllos. En palabras de Cruz González,

“Está claro que Negrín se apoyó en Stalin, que Stalin se aprovechó de Negrín. Hubo una estrategia conjunta al margen del Partido Socialista, al que pertenecía, y al margen de las milicias antifascistas de la República que luchaban ferozmente contra el fascismo. Estrategia a largo plazo, perfectamente planificada y obediencia ciega al jefe Stalin. Cuando éste terminó con su plan, liquidar al POUM y a la FAI, elevar los miembros comunistas que controlaban la guerra, y al final cambiar de política de cara a Francia, Inglaterra y Alemania, se cambió de estrategia y Negrín quedó vendido” (2008: 50).

Negrín no quiso prescindir de los comunistas españoles, porque sus camaradas en el extranjero eran los únicos que le ayudaban. Y si eran los únicos, fue precisamente por el oro y porque, como él, se oponían a la transformación de la sociedad española. Lamentablemente el médico, convertido en político, fue el

principal artífice de la contrarrevolución en España por estas razones: reprimió las colectivizaciones, practicó la represión policial en Barcelona, a principios de mayo de 1937, ocupándola con cinco mil policías de asalto. Y disolvió el POUM y, por su culpa, asesinaron a su fundador y figura más representativa. Acusaba a los adversarios de troskistas, agentes de la GESTAPO, enemigos del proletariado y quintacolumnistas. Tras la pérdida de Cataluña por la República, algunos militares, socialistas y anarquistas, se alzaron contra él y su gobierno provocando la derrota final. Y, por último, empobreció al pueblo español disponiendo de las reservas de oro del Banco de España a su antojo.

Bibliografía

- ALBA, Víctor (1981): *Los conservadores en España*. Barcelona, Planeta.
- ARCE, Juan Carlos (2008): *La noche desnuda*. Barcelona, Ediciones B.
- BENET, Juan (1999): *La sombra de la guerra*. Madrid, Taurus.
- CRUZ GONZÁLEZ, Antonio (2008): *Las víctimas de Negrín. Reivindicación del POUM*, Málaga, Sepha.
- JACKSON, Gabriel (2004): *Juan Negrín*, Barcelona, Ediciones B.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo (2001): *El oro de Moscú y el oro de Berlín*. Madrid, Taurus.
- MIRALLES, Ricardo (2003): *Juan Negrín. La república en guerra*. Madrid, Temas de Hoy.
- MOA, Pío (2003): *Los mitos de la guerra civil*. Madrid, La Esfera de los libros.
- MORADIELLOS, Enrique (2006): *Don Juan Negrín*, Barcelona, Península.
- MUNIS, G. (2003): *Jalones de derrota promesa de Victoria*, Mérida, Edits. Extremeños.
- ORWELL, George (1952): *Homage to Catalonia*, New York, Harcourt, Brace & World, Inc.
- PAGÈS, Pelai (2006): *Andreu Nin. Una vida al Servei de la classe obrera*. Barcelona, Alertes.
- PÀMIÉS, Teresa (1975): *Cuando éramos capitanes*. Barcelona, DOPESA.
- PEREA, Juan (2007): *Los culpables. Recuerdos de la guerra 1936- 39*. Barcelona, Flor del Viento.
- RYBALKIN, Yuri (2007): *Stalin y España*, Madrid, Marcial Pons.
- ROCKER, Rudolph (2009): *La tragedia de España*, Melusina.
- SOLANO, Wilebaldo (2006): *Biografía breve de Andreu Nin*. Madrid, Sepha.
- VIÑAS, Ángel (1979): *El oro de Moscú*. Barcelona, Grijalbo.
- ZAVALA, José María (2005): *En busca de Andrés Nin*. Barcelona, Plaza y Janés.